

## LA PRODUCCIÓN LITERARIA DE M.<sup>a</sup> CRUZ BESCÓS LASIERRA

Carmen NUENO CARRERA

M.<sup>a</sup> Cruz Bescós Lasierra (Quinzano, 3-V-1895; Huesca, 30-V-1977) fue la primera hija del matrimonio constituido por M.<sup>a</sup> Cruz Lasierra y Lasierra y Manuel Bescós Almudévar, más conocido literariamente como "Silvio Kossti", prototípica figura del intelectual provinciano de finales del siglo XIX y costista de pro.

M.<sup>a</sup> Cruz siguió los pasos literarios de su padre, cuya influencia es notoria en toda su obra, y esta actividad sobresale en el curso de una vida rutinaria, anclada en la capital oscense, tal y como lo reconoce la propia autora en el prólogo de su primera novela:

"Ya queda muy atrás la divisoria en el camino de mi vida, y ese hijo fíísico que no he tenido lo traigo al mundo con un esfuerzo de mi espíritu en tinta y papel.

Como todo hijo sin padre nace desamparado. Siempre estuve sola en mis afanes literarios, y he hecho mi obra de espaldas a todo aliento, y sin otro estímulo que mi propia emoción de escribir"<sup>1</sup>.

Desde niña, la biblioteca de Silvio Kossti entretuvo sus ocios ("Poseí desde niña una biblioteca sin vedados. El capítulo de un libro que me impresionaba lo fijaba y comentaba en unas cuartillas"<sup>2</sup>); de ahí que las citas de autores

---

<sup>1</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *¡Que no se lo lleve el viento!*, Zaragoza, Ed. Librería General, 1953, p. 5.

<sup>2</sup> Estas declaraciones aparecen recogidas en un escrito autógrafa de la autora titulado "Impresiones literarias de M.<sup>a</sup> Cruz Bescós", incluido en un trabajo sobre su producción periodística realizado por Teresa Fortacín Lera que se halla en el Departamento de Literatura del Colegio Universitario de Huesca. Dicho escrito parece el

clásicos, románticos y modernistas aparezcan diseminadas en sus escritos, junto con influencias propias del momento histórico vivido por la escritora. Su educación religiosa (estudió seis años con Las Damas negras de Nevers, orden religiosa francesa instalada en Huesca) contrarrestó, por otra parte, las ideas positivistas y anticlericales de que hizo gala su padre hasta el final de sus días<sup>3</sup>, y que tan consustanciales eran en aquellas personalidades que se consideraban mentalidades avanzadas y progresistas a finales del siglo pasado; tanto más cuanto el alejamiento geográfico de los centros oficiales de la cultura, en las grandes capitales, les inducía a reafirmarse en posiciones que ya podían considerarse *démodées*. Con todo, algunas ideas de este corte conviven, sin aparente contradicción, con el tan publicitado espiritualismo de la autora.

La proyección pública de su actividad literaria fue muy reducida y apenas alcanzó cierta resonancia en los círculos culturales provinciales y regionales, entendiéndose como tal una favorable acogida de sus novelas, frecuentemente más en función de la memoria de su padre que por méritos propios. De su primera novela, *¡Que no se lo lleve el viento!*, editada en 1953, se publicaron quinientos ejemplares y la propia autora confiesa bastantes años después que, aunque "tuvo éxito de crítica y prensa. No hice propaganda alguna y quedaron cien tomos por vender", para concluir irónicamente: "será que la gente lee poco o quizá que el libro sea malo o también pudiera ser que con los treinta ejemplares que me pidieron parientes y amigos lo leyó media España".

En 1960 ingresó, con el número 193, en la Agrupación de Escritoras Españolas y en 1966 se solicitó su colaboración para incluirla en un *Diccionario biográfico de escritoras españolas*, proyectado por el Departamento de Estudios Bibliográficos; esto y alguna crítica de la prensa madrileña a su segunda novela, *Cara a la vida* (Zaragoza, 1967), configuran los hitos de mayor resonancia de su obra. Resulta curioso, en este sentido, constatar la distribución de esta última novela, que dice mucho de las endebles estructuras editoriales y publicitarias existentes a la altura de 1967 en la región, y eso que nuestra autora contaba para ello con la ayuda del Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón:

"Los elogios que dediqué en Aragón a su obra son los que la autora y la novela merecen.

---

borrador para una entrevista con la autora que se publicó en la sección de Galería de las artes y las letras del periódico *Nueva España* de Huesca el 10 de agosto de 1967.

<sup>3</sup> Y ello pese a artículos como el publicado en el periódico *Montearagón*, el 2-XII-1928, en el que con motivo de su fallecimiento se afirma su conversión a la fe católica. El mismo Kossú manifiesta en sus escritos su disposición a aceptar los formalismos externos de la religión si con ello evitaba el sufrimiento de sus familiares.

Todavía falta por poner algo en la *Hoja del Lunes* y en *El Pirineo* de Jaca. Ya se enterará en momento oportuno"<sup>4</sup>.

De los quinientos ejemplares editados, fueron:

• entregados en <i>El Noticiero</i> en mano.....	194	ejemplares
• entregados a Madrid.....	60	ejemplares
• entregados a la Librería General, Zaragoza.....	25	ejemplares
• entregados a Librería Lepanto, Zaragoza .....	25	ejemplares
• entregados a Librería Universal.....	25	ejemplares
• entregados a Librería Gómez Pastor.....	25	ejemplares
• entregados a Librería Aguarón, Huesca.....	25	ejemplares
• entregados a la Librería Vda. Martínez, Huesca .....	25	ejemplares
• entregados a Casa del Magisterio, Huesca.....	25	ejemplares
• entregados a Librería López, Huesca .....	25	ejemplares
• entregados a Librería Fausto Abad, Jaca.....	10	ejemplares
• entregados a Librería Corrales, Barbastro .....	10	ejemplares
• entregados a Radio Huesca .....	2	ejemplares
• entregados a <i>Nueva España</i> .....	2	ejemplares
• entregados a <i>Heraldo de Aragón</i> .....	2	ejemplares
• entregados a <i>Amanecer</i> .....	2	ejemplares
• entregados a <i>El Noticiero</i> .....	2	ejemplares
• entregados a <i>Hoja del Lunes</i> .....	2	ejemplares
• entregados a la revista <i>Aragón</i> .....	1	ejemplar
• para la censura.....	10	ejemplares
<hr/>		
TOTAL .....	497	ejemplares

Cabe añadir a la suma los tres ejemplares que quedaron en poder de la novelista.

*Cara a la vida* había sido redactada cinco años antes de su publicación, y la autora anunció con ocasión de la misma la aparición de una tercera novela, *Bajo el signo del amor*, que paradójicamente quedó inédita tras su muerte. Paralelamente y de forma esporádica, salen a la luz en la prensa local y regional cuentos y artículos de temas diversos; todo ello, junto con un proyecto inconcluso que pretendía recoger su visión personal de las relaciones entre su padre y

<sup>4</sup> Carta dirigida a la autora por V. Navarro el 8 de julio de 1967, desde la sede del S.I.P.A. La lista con la distribución de los ejemplares de su novela que se inserta a continuación responde a la misma fuente. Todo ello recogido del trabajo de Teresa Fortacín citado anteriormente.

Joaquín Costa, y que llevaría por título *Recuento de dos vidas*<sup>5</sup>, constituye el conjunto de su producción literaria.

*¡Que no se lo lleve el viento!* (Librería General, Zaragoza, 1953, 191 pp.) es una obra claramente influida por la mucho más interesante de su padre *Las tardes del sanatorio*, sobre todo en cuanto a su estructura. Se trata, en efecto, de una recopilación de diez relatos principales entre los que se incluye alguna anécdota secundaria; tales relatos abarcan desde breves historias con cierto desarrollo argumental hasta descripciones llenas de lirismo del paisaje aragonés, sin que falten digresiones seudofilosóficas y moralizantes, y se hallan divididos en dos partes por un capítulo titulado "Intermedio o cambio de clima", en el que la autora justifica el nuevo enfoque dado a su obra, porque:

"Así: yo quiero aliviaros el cansancio que os he dado, con tanto relato impregnado de esencia baturra y aires altoaragoneses y dejando a las águilas pirenaicas que vuelen en esos aires, pasar a ver remontarse en el azul a las gaviotas mediterráneas, que a orillas de este mar escribí «La virgen prudente»"<sup>6</sup>,

argumentos que repiten, casi literalmente, los de Silvio Kossti en su "Intermezzo" de *Las tardes del sanatorio*:

"Vayan, pues, en mis tardes de la clínica, como solaz y descanso para lectores más o menos sentimentales o poetas, aun cuando yo no esté muy cierto de si serán ornato y gala de mi libro o arrequive pesado e indigesto"<sup>7</sup>.

Un breve prólogo nos informa del objetivo que se propone alcanzar nuestra autora con los ocho relatos que conforman la primera parte:

"...porque quizá dé frescor y lozanía a paisajes altoaragoneses que yo evoco, y fuerza y raíz de vida a tipos baturros, ya escasos, que aún usan cachirulo. /.../

Que este maravilloso Alto Aragón, que se quedó silencioso y arrinconado, levante un poco su voz; que dé una señal de vida, siquiera sea un baluceo humilde por ser mío, pero también apasionado por serlo"<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> Alude a esta obra en un artículo titulado "Huesca y su promoción cultural", *Nueva España*, 19-V-1974.

<sup>6</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *¡Que no se lo lleve el viento!*, op. cit., pp. 136-137.

<sup>7</sup> Cfr. KOSTTI, Silvio, *Las tardes del sanatorio*, Zaragoza, Ed. Guara, Col. Nueva biblioteca de autores aragoneses, 1981, 1.<sup>a</sup> ed., p. 178.

<sup>8</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *¡Que no se lo lleve el viento!*, op. cit., p. 6.

Siguen a este prólogo, en consonancia con lo expuesto, un conjunto de narraciones y reflexiones localizados en el Altoaragón y que recogen paisajes y figuras de la tierra. Este "baturrismo", bien constituye el eje del relato, dando lugar a cuadros costumbristas, chascarrillos y recreaciones folcloristas, en la línea de autores como López Allué, M. Baselga, G. García-Arista, etc.; bien es el marco, la nota de ambiente que sirve de fondo a románticas historias inventadas por la autora, o de punto de partida de líricas evocaciones.

Al primer grupo pertenecen "Se le heló la sangre", narración que pretende exaltar la ciencia práctica del cazurro aragonés, analfabeto pero listo por naturaleza. Su protagonista, Emeterio Bretos, trabajaba junto con su hermana Eduvigis en la casa de una tía de la autora y sus respuestas, en castizo aragonés, eran la desesperación de su dueña. Durante la guerra civil, y estando Grañén bajo dominio rojo, consiguió salvar la vida de dos de sus convecinos para que cultivasen la huerta colectiva, puesto que los cuatro maestros catalanes carecían de los mínimos conocimientos sobre el campo y, sobre todo, de los "riñones" para picarlo. A Eduvigis se le "heló la sangre" en Huesca durante el sitio.

"La bandera símbolo, pero... no para Petra", chascarrillo baturro que relata cómo Petra Liesa pasa en Liesa, bajo dominio rojo, los años de la "Cruzada" y cómo, tras la liberación, aprovecha las banderas de los rojos para coser las sayas de su hija Justeta, de doce años.

"Capilla pública en el Palacio de Oriente" describe el encuentro de la novelista en Madrid, en 1925, con dos paletas aragonesas, Filomena y Benita, que asisten boquiabiertas al espectáculo que da título al relato. Su actitud de admirado respeto desaparece, sin embargo, cuando reconocen en uno de los albarderos a un mozo de Huesca, lo que las hace estallar en sonoras expresiones aragonesas de alegría, que no dudan en extender a los miembros de la regia comitiva.

"Las tres sorores", por último, recoge la leyenda del origen de estas montañas, resultado de la transformación de tres orgullosas y ambiciosas hermanas. Cabe añadir en este primer apartado algunas historias secundarias que la autora intercala en relación con personajes populares que aparecen en las narraciones del segundo grupo; así la del "Desdentao", incluida en "Raíces de la tierra", y la que la propia M.<sup>a</sup> Cruz cuenta en torno a mosén Jacinto, perteneciente al mismo relato.

El segundo grupo estaría constituido por la anteriormente citada "Raíces de la tierra", romántica historia de Isabel, bellísima joven montañesa que vive

dedicada a su hijo Ángel, fruto de una violación por un rojo extranjero durante la guerra civil, que posteriormente intenta raptar al niño, objetivo que impedirá un joven, Lorenzo, esencia de las virtudes aragonesas y a cuyo amparo se acogerán madre e hijo; "La canción del agua", descripción lírica de una excursión de la autora siguiendo el curso del río Ésera; "La estrella en el corazón", donde la historia de amor entre dos ancianos le sirve a M.<sup>4</sup> Cruz Bescós como excusa para relatarnos la biografía de la anciana, Cecilia, que representa la vida natural, sin malicia, que se ve violentada y golpeada por la maldad de los hombres civilizados, narración con ribetes folletinescos y abundantes divagaciones líricas, y "¡Aquellas trenzas!", evocaciones de su niñez.

Tras el Intermedio se suceden dos relatos alejados ya de la temática aragonesa. El primero, titulado "La virgen prudente", recoge todos los tópicos del Romanticismo, que en su versión más edulcorada, moralizante y falseadora de la realidad estuvo claramente potenciado por los diferentes sectores del poder durante los años de la postguerra española. Rosario, de origen humilde, consagra su juventud al recuerdo de su primer amor de adolescente, refugiándose en la belleza de la naturaleza, cuya descripción es digna de los mejores momentos del drama y la poesía del romanticismo del siglo XIX:

"Pero ella lo prefería en días de galerna, con nubes agoreras, enormes, bajas y espesas en su obscuridad, con la luz amoratada que al reflejarse en las aguas hacen un mar de plomo, mar de naufragio, verdadero fondo psicológico de su atormentado espíritu. Nubes monstruosas que forjan entre el huracán un desfile de aquelarre"<sup>9</sup>.

Cuando, años después, en París, Rosario esté a punto de caer en los brazos de un nuevo amor, huye porque "la caricia jamás recibida es la única que se desea"; esta trayectoria vital se acompaña con frecuentes alusiones a la superficialidad y artificiosidad de las mujeres italianas y francesas frente a las españolas.

La narración que cierra el libro, "Herederas de Eva", es una recreación de mujeres famosas en el curso de la historia, tratando de justificar la frivolidad y coquetería femeninas, que nuestra autora parece aceptar como consustanciales en la condición de la mujer. Concluye afirmando que su instinto seductor es el disfraz con que se cubre el "Canto de la Especie" para asegurar la supervivencia de la raza humana (curiosamente en la lista de mujeres destacadas se incluye a

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 147.

Eva Duarte). Sin embargo, en España la influencia religiosa nos ha llevado al recuerdo de mujeres constantes: Santa Teresa e Isabel la Católica.

Pese a lo tópico y folletinesco de algunos de estos relatos, las consideraciones que la crítica de la época o de años posteriores hace sobre el libro son indicativas tanto de la retórica que caracterizaba a este tipo de escritos, como de la pacatería del ambiente social. Así, Luis Bonilla afirmaba desde la tribuna periodística que:

"A través de toda la obra, hay como una esencia bravía que evoca el alma de ese alto Aragón, que tiene la singularidad de ser recio y poético al mismo tiempo, como son los planteamientos de la autora: rotundos, positivos, realistas, pero dados con una incitación romántica a reconsiderarlo todo con profunda emotividad"<sup>10</sup>,

y otro crítico considera la descripción, absolutamente elusiva y metafórica, de la violación de la protagonista de "La estrella en el corazón" como "atrevida narración".

En general, todos ellos aluden a su expresividad dialéctica, a su capacidad de adentrarse en la vida espiritual de las rudas gentes de la montaña, a los diálogos puestos en boca de personajes altoaragoneses, como lo más significativo de éste su primer libro. Los ejemplos en que se apoyan estas observaciones son abundantísimos:

"...y el Desdentao se volvió rápido al que hablaba y le dijo:

–Nunca hablo mal d'as suegras ni deju c'otros hablen; la mía usó mu güenos modos. Cabalmente hacía tres meses que m'había casau, cuando una mañana, llevó as burras a abrevar a la balsa, le dio un alferez, se cayó y s'augó. Hechó el viejo a andar, se paró luego, y haciendo una gran cruz dijo:

–¡Que Dios la tenga en la gloria! y... como aquello es tan grande ¡mal será que toquemos juntos!"<sup>11</sup>.

"...Luego llamaba a Duvigis para un recado, y contestaba ésta: –Ahora mesmo voy señora qu'estoy pusiendo as chanflainas en a chaminera–. Terminada esta faena llegaba donde la señora haciendo cruces y aspavientos –¡Amos, señora! ¿Le paice que es poco laminera la nueva re-

<sup>10</sup> Se trata de una crítica comparando las dos obras publicadas por la autora: *¡Que no se lo lleve el viento!* y *Cara a la vida*. Por tratarse de un recorte periodístico me ha sido imposible localizarlo, aunque por alusiones parece inmediato a la publicación de su segunda novela y probablemente corresponde a alguna publicación zaragozana.

<sup>11</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *¡Que no se lo lleve el viento!*, op. cit., pp. 27-28.

fitolera?; ¡en he ido a laminarme la chocolatera y ya l'abía laminau ella!"<sup>12</sup>.

A menudo esta capacidad estilística se hermana con una tendencia a describir a sus personajes bajo las coordenadas que se consideran tradicionales para el hombre altoaragonés, lo que les resta credibilidad y los convierte en meros "tipos" literarios, representantes del genio de la "raza". En consonancia con esto, el mosén de "Raíces de la tierra" era:

"un altoaragonés bueno, de alma sana en cuerpo sano, sin preocupaciones de cultura y sin otra pasión que la caza (aunque decía que sólo cazaba para reforzar la cazuela), fuerte, enjuto, de cara atezada y con una tufa como un tañedor"<sup>13</sup>,

y de Lorenzo, héroe masculino del mismo relato, nos dice la autora:

"y así Lorenzo, visto ahora, musculoso y fornido, enseñando al reír sus dientes blancos, era la síntesis de la raza Altoaragonesa"<sup>14</sup>.

Así pues, los tópicos constituyen en gran medida el entramado que sustenta el aragonesismo de M.<sup>a</sup> Cruz Bescós:

"En él veréis lo que vale la ciencia del cazurro aragonés; el caudal de sabiduría de estos labradores casi analfabetos, que se crían mordidos por todos los soles y azotados por todos los vientos, y aún hay que añadir, que también parece les da clase la luna, esas noches claras cuando con la azada al hombro salen al campo a regar"<sup>15</sup>,

excepto en aquellos momentos en que se imponen a sus ojos la realidad geográfica y las duras condiciones de vida de los hombres del Altoaragón, lo que da lugar a reflexiones como ésta:

"¡Qué espeso es el odio en un lugar pequeño y abrupto, aprisionado ocho meses del año por montañas nevadas!"<sup>16</sup>,

que configuran la vertiente más válida y progresista de su aragonesismo, en consonancia, además, con las pretensiones que la propia autora manifestaba en

---

12 *Ibíd.*, p. 83.

13 *Ibíd.*, p. 20.

14 *Ibíd.*, p. 44.

15 *Ibíd.*, p. 82.

16 *Loc. cit.*, p. 64.

el prólogo del libro. Y son también estos pasajes los que más claramente muestran la influencia de su padre, Silvio Kossti, luchador infatigable durante años por los riegos altoaragoneses bajo la advocación de su maestro, Costa:

"y, generoso, te dejas embalsar en el Pantano de Barasona, bien llamado de Costa que con su política hidráulica entonó la primera "Canción del agua", /.../

Ya te has fundido con el río Cinca y no es tu carrera infecunda. Ya esta sangre de la Litera da de comer al hambriento.

Serás bendito de Dios por cumplir esta obra de Misericordia..."<sup>17</sup>.

No es éste el único aspecto de su pensamiento en el que se trasluce la influencia de su progenitor. Probablemente, responden igualmente a ella su amor a la música, su admiración por la raza alemana (Silvio Kossti fue germanófilo en la polémica que enfrentó a los españoles partidarios de uno u otro de los países contendientes en la primera guerra mundial, y evidencia un rotundo entusiasmo por las realizaciones de la nación germana: organización política, progreso científico, cultura, etc.); afirmaciones como ésta se sitúan en la misma línea:

"Sólo el genio creador de Beethoven,... Sólo él era capaz de dar la desenvoltura de movimientos que toda obra de arte ha de tener: simetría, organización y ritmo. (Los alemanes en ciencia han creado una dimensión más, la profundidad)"<sup>18</sup>,

y también esa visión del amor como mero disfraz del imperativo natural de "la especie" por perpetuarse, y que contrasta con el romanticismo y el lirismo tan acentuados en otros escritos:

"Por el contrario, un corazón joven es un fruto verde y áspero, duro e insensible al dolor, /.../ y es que sólo oye un tumulto que lo llena y lo turba; el "Canto de la Especie", la llamada imperiosa de la Naturaleza que se disfraza de amor..."<sup>19</sup>.

Por otra parte, no cabe duda de que nuestra autora es hija de su tiempo y en ella se conjugan diversas influencias, por ello en otros aspectos expresa opiniones totalmente opuestas a la de Silvio Kossti. Quizá lo más significativo en

---

<sup>17</sup> Loc. cit., p. 54.

<sup>18</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *op. cit.*, p. 49.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 60.

este sentido es la vivencia de la religión, ante la que tan indiferente, cuando no declaradamente opuesto por considerarla enemiga de la ciencia y el progreso, se mostró el autor oscense. El párrafo que cierra *Las tardes del sanatorio* es claramente indicativo:

"Dichoso el planeta cuando la *Verdad Monista* sea conocida y profesada por todos los humanos y el error religioso en sus diferentes ramas aberrantes, estudiado en las cátedras de prehistoria al par que los fósiles del período quinario, las hachas de sílex, los fusiles de chispa y el psiquismo del "Pithecanthropos"; bienaventurados los terrícolas cuando la GRAN VERDAD trascendente entre todas y sobre todas sea por todos acatada hasta en sus últimas consecuencias"<sup>20</sup>.

Por el contrario, para M.<sup>a</sup> Cruz Bescós la divinidad es el centro de la existencia del hombre y el sistema religioso que conlleva constituye la última esperanza de la humanidad para que se establezca la justicia en la tierra:

"Haz Señor misericordioso, que descienda del Cielo sobre esta tierra estremecida por el dolor, la cándida paloma portadora de tu Divina gracia! Que con solo el aleteo de sus alas tendidas apagará estos odios encendidos en los que arde y se consume la pobre humanidad"<sup>21</sup>.

No es de extrañar, por lo tanto, que nuestra autora tienda constantemente a la moralización, a un didactismo explícito y simplista que todavía será más patente en su segunda novela, *Cara a la vida*; ni que se lamente frecuentemente del materialismo del mundo contemporáneo y de la sobrevaloración de una ciencia que anula los sentimientos:

"A aquel maravilloso "Primero vivir, y vivir embelleciendo la forma de las cosas"; a aquella siembra que dejara en el mundo nuevos elementos de amor, que nos trajo el Renacimiento, la mató la Ciencia, que ha llegado en su perfección a crear al hombre sin alma, creación fría que mecaniza el propio corazón.

¡Señor, si tú nos diste el tiempo, déjanos disfrutar de él! ¡Señor, haz que la lentitud recobre su valor!"<sup>22</sup>.

En consonancia con estas ideas, nos ofrece en su obra una visión idílica y paternalista de las relaciones laborales, muy diferente a la de su padre, Silvio

---

<sup>20</sup> KOSSTI, Silvio, *op. cit.*, p. 209.

<sup>21</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *op. cit.*, p. 18.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, pp. 57-58.

Kossti, que defendió durante mucho tiempo, aunque luego reconociera su error, que la huelga general, la fuerza de todos los obreros del mundo unidos, podría no sólo acabar con la primera guerra mundial sino también imponer un nuevo modelo social, caracterizado por los principios monistas. En el relato titulado "La virgen prudente" aparece un breve atisbo de esa visión paternalista que, por otra parte, se ajustaba a la ideología que el poder establecido en la época pretendía imponer como modelo de la dinámica laboral, dice Francine, la anciana protectora de Rosario:

"-Me ocupé de la fábrica y amplíe el negocio; me entiendo bien con mis obreros a quienes quiero, y les mejoro su condición cada día, me preocupo de su cultura, y todos los días de ocho a diez, van los que quieren a la academia que yo pago"<sup>23</sup>.

Y resulta evidente, igualmente, la ideología política de la autora cuando una de sus románticas heroínas afirma:

"¡Ya sabe usted lo terribles que fueron aquellos días! El pueblo después de vacilaciones y luchas quedó por los rojos, y al día siguiente asaltó el pueblo una horda de malhechores.

Sólo entrar aquellos bandidos en el pueblo ¡Ay! ¡qué buenos sembradores de dolores fueron!"<sup>24</sup>.

En muchos pasajes se reconoce la retórica propia de los nacionales durante la contienda y la identificación que con ella establece la autora:

"Así es que Petra Liesa pasó en su pueblo, y éste estuvo en poder de los "rojos", los años de nuestra Cruzada. Cuando se liberó, vino a Huesca"<sup>25</sup>.

Frente a todo este bagaje ideológico, es el humor el que configura los momentos más logrados de la obra, sobre todo cuando se libera del lastre de la moralina que con tanta frecuencia lo acompaña:

"...asaltaron el coche tres muchachos y dos muchachas entre los quince y veinte años. ¡Qué vaharada de olor animal entró con ellos! /.../

Yo miraba los cartelitos del coche "Prohibido asomarse", "Prohibido escupir" y pensaba que la Compañía de Ferrocarriles se había quedado corta, verdad es, que si todo lo que aquellos salvajes hacían tenía que prohibirlo la Compañía, el espacio vital del vagón fuera poco para los "verboten".

---

<sup>23</sup> Ibid., p. 150.

<sup>24</sup> Loc. cit., p. 31.

<sup>25</sup> Loc. cit., p. 103.

Al llegar a Jaca, creí si un mayoral los esperaba con un ronzal, pero no, se fueron trotando solos"<sup>26</sup>.

Sin embargo, su segundo libro, *Cara a la vida* (libro de juventud, Ed. El Noticiero, Zaragoza, 1967), acentúa este didactismo en la medida en que la novela pretende ser una guía para adolescentes; las llamadas al lector, las declaraciones de los personajes protagonistas, por otra parte totalmente inadecuadas en boca de niños, o los juicios de la autora sobre sus actuaciones, responden a este objetivo:

"Si emprendéis un camino, ¡abrid bien vuestros ojos, muchachos! Llevadlos bien abiertos, sobre todo bien abiertos a la belleza y a la bondad"<sup>27</sup>.

El argumento, escasamente elaborado, pues son constantes las divagaciones líricas y las recreaciones históricas y artísticas, todas ellas al servicio de ese afán didáctico y moralizador anteriormente mencionado, narra las aventuras, difícilmente creíbles, de dos niños: Félix, "Calabobos", rebelde, fuerte, de gran talento práctico e inteligencia natural, y su amigo Pablo, de familia rica y de carácter dulce, soñador e idealista; la fácil dicotomía entre las dos posturas vitales es, pues, evidente desde las primeras líneas de la novela, tanto más cuanto que la autora lo recalca expresamente en numerosos párrafos:

"...los dos nos complementamos, somos "espíritu y materia". ¡Es la formación perfecta! ¡Triunfaremos! Pienso que en el fondo de todo éxito, no hay más que un conocimiento profundo de la naturaleza humana,... En la vida sólo hay una realidad urgente: la naturaleza; y un esclavo que la sirve: el hombre. Y hay que ir a liberarlo.

–Pero liberarlo –atajóle Pablo– ¡espiritual y físicamente!"<sup>28</sup>.

Nos encontramos esta vez ante un don Quijote y un Sancho adolescentes, el espíritu frente a la materia, y, como en la obra cervantina, parece considerarse un justo término medio como el ideal vital del hombre porque, aunque es evidente que nuestra autora se identifica en mayor medida con el idealismo de Pablo y habla frecuentemente por su boca, no por ello deja de reconocer la vigencia de las ideas de Félix:

---

<sup>26</sup> Ibid., p. 14.

<sup>27</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *Cara a la vida*, Zaragoza, Ed. El Noticiero, 1967, p. 37.

<sup>28</sup> Ibid., p. 73.

"-¡Exacto! Siempre el equilibrio, que es la clave del triunfo. Pero uniendo a esto la fuerza, porque observo que en el mundo la fuerza con vence más que la razón,... Luego vienen las ayudas científicas y técnicas, ¡que no son de despreciar!"<sup>29</sup>.

De ahí que la meta final alcanzada por Félix se considere quizá menos envidiable que la paz del convento en que vive su amigo Pablo, pero en modo alguno reprochable, tanto más cuanto que el personaje conjuga vetas de idealismo con su declarado materialismo.

En su ansia de conocer mundo y progresar en la vida ambos muchachos desempeñan oficios diversos, hasta recalar en el caserío de unos tíos de "Calabobos", carboneros en Navarra, y se integran en el trabajo de aquella comunidad familiar. Una breve cita nos da una imagen bastante precisa del ideal familiar de la novelista:

"La familia era esto: un jefe, el padre, una sumisa e infatigable mujer, y unos hijos que ya ponen su pequeña fuerza en apoyo del hogar.

-«Esto es un engranaje perfecto: cada pieza tiene su encaje bajo una autoridad que gobierna cuyo mandato es inapelable...»<sup>30</sup>.

Se suceden en este capítulo las digresiones moralizantes dentro de una visión extremadamente bucólica y utópica de la naturaleza:

"Éstos y así eran los parientes de "Calabobos". Su mundo era aquel pequeño caserío aislado de la civilización, pero bien unido a la tierra, en íntima comunión con ella, madre fecunda que se bastaba para sustentarlos en lo material, y en lo espiritual allí tenían aquel horizonte maravilloso, dilatado, como un deseo que invitaba a soñar"<sup>31</sup>.

Surgen los primeros conatos de romanticismo hacia la hija de los carboneros y, tras recrear la narradora diversas actividades campestres, dentro de ese marco de una naturaleza idealizada, parten nuestros protagonistas hacia el mar, que les impresiona de diferente forma. Pablo admira su belleza siempre cambiante y Félix la actividad comercial que se desarrolla en torno al puerto. Gracias al comercio con la tila ponen ambos amigos la base de su fortuna, que se acrecentará forzando el bloqueo a los ingleses durante la primera guerra mundial. Ya ricos, deciden ver mundo, empezando por Italia, episodio que permite

---

29 Loc. cit., p. 73.

30 BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *Cara a la vida*, op. cit., p. 55.

31 Loc. cit., p. 57.

a M.<sup>a</sup> Cruz Bescós mostrar su admiración no sólo por el mundo clásico sino también por Mussolini, y siguiendo por Inglaterra, Islas Carolinas, etc. Las conversaciones y digresiones que se van intercalando en el curso de la narración destacan progresivamente las diferentes escalas de valores que estas experiencias van configurando en los dos jóvenes: Félix piensa que la felicidad la proporciona el poder y Pablo la conciencia en paz y Dios. Fiel a estas ideas, éste profesará en un convento mientras Félix, casado con una duquesa, sigue viajando y aumentando su fortuna.

Ya hemos indicado en varias ocasiones que la novela, si así puede llamársela, es acusadamente moralizante; de ahí la presencia constante de la religión:

"Yo trataría de salvar al hombre de la desesperación frente a las incógnitas de su propia existencia. Dios es aquí la única esperanza. Todo el desequilibrio del mundo en que vivimos se nivela en El. En la esencia del hombre está su anhelo de perfección"<sup>32</sup>,

y la exaltación del espiritualismo y el idealismo, que se oponen frontalmente a otras declaraciones, puestas en boca de Félix, y que repiten casi literalmente las de Silvio Kossti en *Las tardes del sanatorio*; declaraciones que traslucen el pensamiento de autores que mal se conjugan con una visión idealista del mundo y las relaciones humanas, como Nietzsche y Darwin:

"...que hay que imponer la ley del más fuerte y que nunca por la compasión al infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado. El egoísmo es la fuerza de todo ser vivo y, si el hombre y el animal no fuesen egoístas, desaparecerían del planeta"<sup>33</sup>,

y se relacionan con otros párrafos de la obra que demuestran la afinidad de la autora con el régimen político imperante:

"O empuñan las riendas arrivistas (sic) que han sabido inventar las palabras "Orden nuevo", "Espacio vital", "Comunismo" o las aún más engañosas de "Libertad, Igualdad, Fraternidad". El tonto que las tome en serio, vuelve a despreciar la lección que nos da la "Naturaleza", ¡la gran maestra de los hombres!"<sup>34</sup>.

---

<sup>32</sup> *Ibíd.*, p. 163.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, p. 88.

<sup>34</sup> *Loc. cit.*, pp. 160-161.

Pero, pasando por encima del contrasentido evidente que ello supone, M.<sup>a</sup> Cruz Bescós intenta conciliar su ideal de espiritualidad con estas otras afirmaciones, y así defiende que la meta del poder y de los que lo sustentan es:

"...y lo bonito e incitante del poder es encontrarte frente a una masa humana a quien guiar, a quien regir y a quien poder imprimir mejores costumbres y métodos según tu sentir"<sup>35</sup>.

Con lo cual se reafirma como hija, también espiritual, de quien por una parte defendía la fraternidad obrera universal, el anarquismo y el socialismo utópico y, por otra, apoyó la dictadura de Primo de Rivera como medio de sacar al país de la crisis de valores en que se hallaba sumergido desde finales del siglo pasado.

Curiosamente, también la percepción que la autora tiene de Castilla, de su paisaje y de sus hombres, nos retrotrae a noventayochistas y modernistas, y parece totalmente anacrónica a la altura de 1967:

"La austeridad y pobreza de estas gentes nos recuerdan al hidalgo empobrecido y altivo/.../ Sólo heredó de la madre este apodo, pues la estirpe castellana del padre, con su sequedad e individualismo, quedaba bien marcada en Félix"<sup>36</sup>.

### *Influencias y estilo*

Ambas obras muestran aspectos comunes en estos apartados, lo que nos permite analizarlas conjuntamente. Respecto a las primeras, cabe destacar la honda huella de la obra de su padre, Silvio Kossti, asumida aun con sus contradicciones; e incluso muchas de las restantes influencias, exceptuando las de sus contemporáneos, parecen haber sido asimiladas a través del tamiz paterno. Existen escasas, y bastante superficiales, alusiones a los clásicos grecolatinos (Platón, Homero, Virgilio) y españoles (los romances, Cervantes), pero son los autores románticos los que, por el número y la amplitud de las citas, demuestran haber sido leídos directamente por la autora (Espronceda, Bécquer, García Tassara), junto con nombres posteriores que abarcan desde Núñez de Arce hasta Rubén Darío, para llegar a los contemporáneos como J. García Nieto, R. Morales y Viki Baum.

---

<sup>35</sup> Loc. cit., p. 160.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, pp. 11-12.

Bebe, pues, M.<sup>a</sup> Cruz Bescós en el Romanticismo, como evidencian sus argumentos, algunos de los episodios sentimentales de sus relatos y su declarado idealismo; y en una poesía espiritualista, de firmes sentimientos religiosos, que estuvo muy en boga en nuestra postguerra, tanto más cuanto que fue uno de los pocos reductos en que pudo refugiarse la literatura de aquellos años.

También su estilo responde a estas influencias; abundan las interrogaciones retóricas y los cambios de entonación, las descripciones líricas, los adjetivos acumulados, la personalización de la naturaleza, las metáforas, las comparaciones, los períodos amplios, etc., todo ello en la línea de un romanticismo propiciado, ya lo hemos señalado anteriormente, por sus argumentos:

"¿Qué tormento es éste, Dios Omnipotente que me quema y me mata? ¡Qué dulce debe ser morir! ¡No sentir ya nada! ¡Qué dulce ser piedra o árbol! Y, si una no puede sentir la dulzura de ser mujer, ser ola, ola encrespada de este mar embravecido, y pegar y batir contra las rocas hasta deshacerse"<sup>37</sup>.

Su técnica novelística da preferencia a la imaginación sobre la documentación. En la introducción a su primera obra, *¡Que no se lo lleve el viento!*, califica a ésta como "reportaje con fantasía"; igualmente explícitos son los siguientes párrafos, extractados de *Cara a la vida*:

"El poeta, el artista si lo es, sólo necesita ver una parte de las cosas, el resto lo adivina o lo sueña. Y las ficciones que crea su fantasía son siempre superiores a la realidad porque es el arte el que modela, el que logra que las palabras digan más que lo que por sí solas dirían. Hay quien dice que el arte es la gran mentira; quizá lo sea, pero aquel que pretende demostrar la cruda realidad del sentir humano o del paisaje, verá reflejado en todo su modo personal de reacción; por tanto, toda creación es un artificio"<sup>38</sup>.

"Mejor es crear fingiendo, porque conocer no se conoce de verdad nunca ni los seres ni las cosas, y nunca sabemos dónde empiezan y dónde acaban los límites de la observación"<sup>39</sup>.

En consecuencia, puesto que la fantasía del artista es el principal motor de la obra de arte, de la literatura, y puesto que su personalidad se proyecta

---

<sup>37</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *¡Que no se lo lleve el viento!*, op. cit., p. 152.

<sup>38</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *Cara a la vida*, op. cit., p. 81.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 81.

constantemente sobre la materia literaria, el componente autobiográfico constituye la base de toda creación artística:

"Por mucho que intente calar el artista en un alma, nada concreto alcanzará a saber si ignora sus intenciones /.../

En cambio, en las criaturas por él creadas deja grabada la presión de su alma /.../

Muestra al desnudo el alma del ser por él creado, que en realidad es la suya propia, donde ha buceado en lo profundo. Por eso en toda novela *hay tanta autobiografía*"<sup>40</sup>,

y el escritor goza de absoluta libertad para interrumpir el hilo del relato con frecuentes llamadas al lector:

"...Juró a la niña que era amor eterno –pero no hagáis caso– en amor más que en nada, las verdades de hoy son mentiras de mañana"<sup>41</sup>,

alterar la coherencia cronológica:

"cruzó Pablín el foso, /.../ se encontró en el interior del recinto.

Tiene entrada de poterna, /.../ que aún se muestran erguidas. /.../ Uno de ellos conserva la crestería de sus almenas..."<sup>42</sup>,

e intercalar historias secundarias o digresiones históricas o moralizantes:

"En este patio comenzó el proceso de los hermanos Carvajal, por la muerte del favorito de Fernando IV, Juan Alonso de Benavides"<sup>43</sup>.

Factores todos ellos que, unidos al "distanciamiento" que suponen esas historias baturras, ya tópicas en tiempos de la autora, a un romanticismo tan acusado y a la demasiada evidente defensa de determinadas tesis ideológicas, impiden al lector sumergirse en el mundo narrativo creado por la novelista osense.

### *Artículos periodísticos*

La labor periodística de M.<sup>a</sup> Cruz Bescós se inició cuando nuestra autora contaba quince años con la publicación de una serie de cuentos titulados "Javierín" en *La voz de la provincia*, y se sucedió esporádicamente a lo largo de

40 BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *Cara a la vida*, *op. cit.*, p. 82. El subrayado es nuestro.

41 BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *¡Que no se lo lleve el viento!*, *op. cit.*, p. 145.

42 BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, *Cara a la vida*, *op. cit.*, p. 29.

43 *Ibíd.*, p. 29.

más de cincuenta años. La mayoría de sus artículos son líricas reflexiones propiciadas por la naturaleza del Altoaragón o por algún evento de la vida cotidiana, aunque también los acontecimientos político-sociales, tanto a nivel nacional como provincial, pueden dar lugar a escritos de tono más prosaico y concreto. Por último, algunos muestran un claro contenido autobiográfico por cuanto giran en torno a las ideas estéticas y literarias de la autora. En su conjunto todos ellos, y muy particularmente los del segundo grupo, nos permiten configurar la ideología de M.<sup>a</sup> Cruz Bescós, avanzando o confirmando los rasgos ya entrevistados en sus obras más extensas.

En el primer grupo podrían incluirse "El reloj muerto" (1944), "Lección viviente" (1956), "Paz y sosiego" (1973), "Huesca y su promoción cultural" (1974) y "Un caso insólito" (¿inérito?). Curiosamente, se corresponden en su mayor parte con la última etapa de la existencia de la escritora, cuando ésta parece sentirse ya al margen de los acontecimientos de la vida local y tiende a recrear los motivos que habían sido constantes a lo largo de su actividad literaria: su admiración por la naturaleza, más concretamente por la del valle de Benasque, que es muestra de la magnificencia divina, y el rechazo del materialismo del mundo que la rodea; temas que se evidenciaban ya en su primera obra y se acentúan en *Cara a la vida*, publicada, no lo olvidemos, en 1967.

Al igual que sucede en sus obras más extensas, dichos artículos carecen de un hilo argumental bien delimitado y tienden a la repetición de ideas y a la desconexión; se suceden en ellos anécdotas apenas relacionadas entre sí y puestas al servicio de un didactismo de corte católico-conservador. Posiblemente, el ejemplo más representativo de estas características sea el artículo titulado "Un caso insólito", que se inicia con un canto de exaltación de la naturaleza, continúa con el relato de un accidente en el pico Aneto, que provoca la muerte de un montañero, y finaliza narrando la anécdota que explica el origen del nombre del río Ésera.

Mucho más interesantes, por cuanto nos ofrecen una información muy concreta sobre la personalidad de M.<sup>a</sup> Cruz Bescós y acerca de cómo vivió los momentos cruciales del desarrollo de la guerra civil en Huesca, son los artículos motivados por los avatares políticos de carácter local y nacional. Así, "Carta abierta", dirigido a Ramón Acín en respuesta a un artículo de éste<sup>44</sup> en el que reclamaba humorísticamente para sí la vara de alcalde de Huesca. Petición que M.<sup>a</sup> Cruz apoya porque su imaginación, espíritu artístico y bondad supli-

<sup>44</sup> ACÍN, R., "Carta abierta", *Diario de Huesca*, 15-IX-1935.

rían la escasez de medios económicos del Ayuntamiento<sup>45</sup>. "Huesca, te vuelvo a ver", publicado en el nuevamente bautizado como *Nueva España*, en 1937, resume las impresiones de la escritora tras un año de ausencia de la capital osense, sometida entre tanto al cerco de la "fiera asiática", que la ha herido y mutilado pero no vencido. El estilo responde plenamente a la retórica nacionalista de aquel momento:

"Una brecha en este dique, un desfallecimiento en su defensa y esa avalancha hubiese arrollado Huesca y perdida Huesca, Navarra, que estaba indefensa porque generosa entregó todos sus hijos el primer día del alzamiento, hubiera sido asolada; perdidos Aragón y Navarra, era perderse España para la civilización; ser vencida, era peor que ser muerta: era arrancarnos la espiritualidad, todo lo que puede embellecer la vida, y dejarnos un materialismo frío. A España, que vive de su tradición y su fe, era arrancarle el alma y dejarla vacía, peor que muerta"<sup>46</sup>.

En "El bello gesto" (febrero, 1946) reacciona la autora contra el aislamiento internacional a que se vio sometida España tras la II guerra mundial y, evocando el gesto de Sócrates, quien, envidiado por la turba, acepta desdeñosamente beber la cicuta que le ofrecen, puesto que sabe que así perdurará su espíritu, afirma M.<sup>a</sup> Cruz Bescós que, al igual que el filósofo griego, también los españoles sentimos la "serpiente de la envidia" pero, apoyándonos no en El Paternon sino en "nuestro Escudo de España", serenamos nuestro espíritu y, ante la copa de cicuta que nos ofrecen las Naciones del mundo:

"...levantaremos los hombros con el bello gesto que nos viene de raza, mientras en el fondo de nuestros corazones, limpios de odio, rezamos el Padre Nuestro con sus palabras de perdón, y que es la síntesis de toda Paz, de toda Serenidad, y única fórmula de felicidad en la tierra"<sup>47</sup>.

E incluso, en uno de sus escritos, establece un paralelismo entre el proyecto, que rechaza, de talar los tres árboles que dan inicio al paseo de la estación de Huesca y la ejecución de los siete militares alemanes condenados a muerte en el proceso de Landsberg, patentizando una vez más su reconocida admiración por la nación alemana<sup>48</sup>.

---

<sup>45</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, "Carta abierta", *Diario de Huesca*, 17-IX-1935.

<sup>46</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, "Huesca, te vuelvo a ver", *Nueva España*, fechado el 3-VIII-37, publicado probablemente uno o dos días después.

<sup>47</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, "El bello gesto". Este artículo, firmado y fechado en febrero del 46, se incluye en el trabajo de Teresa Fortacín y, hasta donde he podido averiguar, es inédito.

<sup>48</sup> BESCÓS, M.<sup>a</sup> Cruz, "Tres condenados a muerte", *Nueva España*, 15-VI-51.

A este segundo grupo pertenecería, finalmente, "¡Añisclo, no!" (*Nueva España*, 1974), apasionada protesta, bajo la advocación de Joaquín Costa, motivada por el proyecto de una empresa extranjera de construir una gran central eléctrica en el valle de Añisclo.

Restan dos artículos que contribuyen a configurar el retrato espiritual de la autora, sus preferencias literarias y sus ideas sobre el arte, que se mantendrán constantes a lo largo de su vida. En el más temprano de ellos, "Última cena" (*El porvenir*, 1931), recrea esa última cena que precede a la muerte y en la que a la escritora oscense le gustaría rodearse de aquellos personajes cuya historia le ha impresionado, que abarcan seres ficticios y reales tan dispares como Santa Teresa y Sócrates, Lady Hamilton y Richelieu, Casanova y Oscar Wilde y, como representantes del "Arte grande", Fidias, Miguel Ángel y El Greco; a su lado, "Picasso para que oyéndoles fuera aprendiendo cómo se crea el arte". Con todo, concluye M.<sup>a</sup> Cruz Bescós que, si realmente fuera a morir, sólo desearía ser la más humilde servidora de la última cena de Jesús para recoger una miga de pan de aquella comunión y presentarse confiada ante el buen juez.

Este juicio sobre Picasso y sobre el "Arte nuevo" que representa conecta con su réplica, en un artículo titulado "En torno al arte" (*Información*, Alicante, 1976), a un sector de jóvenes artistas y críticos que afirman que en cincuenta años el arte no existirá; defiende nuestra autora que, mientras quede espiritualidad en el hombre, será imposible que desaparezca. En definitiva: "Arte grande" (Velázquez, Goya, Wagner, Cervantes, etc.) frente a un "Arte nuevo", incomprendible para la escritora, "trampa para incautos", y el recurso, tantas veces defendido en su narrativa, a los valores espirituales y a la emoción humana como fuerza genésica de la creación artística, de ese "Arte grande".

### *Obra inédita*

Resta una tercera novela, inédita y bastante voluminosa, *Bajo el signo del amor*<sup>49</sup>, que M.<sup>a</sup> Cruz Bescós firmó con el seudónimo de Rolando Gratal y que supone el inicio de una nueva etapa en su producción narrativa, caracterizada por la acentuación de algunos rasgos que ya estaban presentes en sus novelas anteriores, como son:

---

<sup>49</sup> ROLANDO GRATAL, *Bajo el signo del amor*, inédita; existe un ejemplar en la Biblioteca del Colegio Universitario de Huesca, mecanografiado y con abundantes correcciones manuscritas. Ya en 1967, cuando publicó *Cara a la vida*, tenía redactada gran parte de esta novela, según declaraciones de la autora a la prensa.

- Elevación del diálogo a un puesto predominante en la novela. Largos diálogos formales que son, en el fondo, un monodialogo en el que la autora, a través de varios personajes, expone no tanto opiniones enfrentadas como matices y precisiones diversas en torno a un tema relevante.
- Numerosísimas descripciones, llenas de lirismo, de la naturaleza.
- Carencia de un hilo argumental bien trabado; de ahí, las digresiones, las constantes rupturas provocadas por los "monodialogos", los intermedios reflexivos, etc.; de ahí, también, el hecho de que numerosos nudos de interés, de intriga, por decirlo así, queden sin resolver e incluso caiga en fáciles soluciones "Deus ex machina" que le permiten eludir casi la actuación de sus personajes, para detenerse y profundizar no en su psicología individual sino en su ideología, representativa de una posible opción vital.
- Todo lo anterior conlleva un ritmo muy lento que sólo se acelera cuando, tratado ya el tema deseado, la autora pretende la rápida finalización de la anécdota planteada.

Junto a éstos, resultan novedosos el hecho de que la temática aragonesa tenga un valor muy secundario, siendo sustituida por el exótico ambiente de la selva brasileña, y el de que se observa un lenguaje más directo y un mayor realismo, dentro de su concisión, en la descripción de lo que podríamos considerar "escenas eróticas" de la novela (y quizá esto justifique la utilización de un seudónimo masculino). Asimismo, el romanticismo tan acentuado de sus obras anteriores tiende a reservarse a la visión de la naturaleza, aunque en esto, como en otros aspectos, M.<sup>a</sup> Cruz Bescós cae en evidentes contrasentidos, dado que la tensión entre el espiritualismo como postura vital y un creciente materialismo, que la evolución de la sociedad debía hacerle cada vez más patente, se agudiza en esta última producción.

*Bajo el signo del amor* repite el fragmentarismo de su primera novela. La obra se divide claramente en dos partes, aunque en este caso no están señaladas explícitamente por su autora: la primera es la narración en primera persona de un viaje hacia un pueblo del somontano oscense, donde pasó su infancia una mujer de vida extraordinaria, plagada de aventuras, y sobre la cual pretende M.<sup>a</sup> Cruz Bescós obtener información; la segunda es la historia de Úrsula, y con ella se inicia la novela propiamente dicha.

El relato del viaje le permite intercalar esas descripciones del paisaje y de tipos pintorescos que se expresan según las más puras esencias altoaragone-

sas, a las que la autora es tan aficionada; como el Sr. José, cazurro aragonés de gran desparpajo de lengua e inteligencia natural:

"-Güenos días len dé Dios, Siña Agueda. Pero si no para cuenta dós mocetes, non serán muy güenos, c'alguno d'os nietos s'estozolará desde esa escala, qu'en se suben tal cobalto haciendo pinganetas.

-¡Non s'estozolarán non! -contestó la abuela- ¡Que mala hierba nunca muere! T'en digo José: que m'en tienen espaciada y aborreceda estos mocetes. Ya les carraño; ¡Macatruces! -l'es en digo- En sois d'a piel d'o culo do diablo.

-Pues siña Agueda. Me paice, que si se respingan desde o cobalto da escala como en ahora mismamente, entendrá en su culo o diablo más d'un bujero"<sup>50</sup>.

Llegados al pueblo, se inicia el relato de la vida de Úrsula. De origen misterioso, Úrsula vive una infancia triste, carente de afectos, sobre todo del de una madre. Ya adolescente, gracias al dinero de su anónimo padre, abandona el ambiente del pueblo y es educada en un colegio religioso, para acabar licenciándose en Filosofía y Letras y casándose con un profesor de literatura.

Hasta aquí, la narración responde a las coordenadas de la novela romántica: joven bella e inteligente, de origen enigmático, infancia triste, soledad, amor y felicidad; pero con el rapto de la protagonista por unos indios misteriosos, durante su luna de miel en París, el relato se desliza hacia el género de aventuras en ambientes exóticos, en este caso la selva del Amazonas.

A partir de este momento la novela es un diario de Úrsula dirigido a su marido en el que le explica sus nuevas experiencias, tendiendo siempre a exaltar la naturaleza y la espontaneidad de los hombres que viven en contacto con ella. Convertida en favorita del Jefe de una tribu amazónica, y sintiendo hacia él un progresivo amor "natural" (que no ese erotismo y coquetería que la mentalidad occidental considera amor) va desarrollando mejoras civilizadoras en la vida de la tribu, pero procurando siempre mantener los valores "naturales" de su propia forma de vida. La esperanza del Jefe es tener un hijo de Úrsula que gobierne a su pueblo "a la europea", pero sin permitir la entrada de las corrupciones (diferenciación de ricos y pobres, propiedad particular, envidias, etc.) que ello conllevaría.

---

<sup>50</sup> *Ibíd.*, secuencias 12-13. (El ejemplar carece de numeración de páginas).

Las historias secundarias añadidas de Job Van Dermehenden y del vasco Gorostizabal ilustran posturas diferentes a la de Úrsula en cuanto a la vivencia del amor, aunque en otros temas coincidan y sean heterónimos de la protagonista y, por tanto, de la autora. Van Dermehenden es una personificación más del donjuanismo, que espera su salvación por el amor; Gorostizabal considera este sentimiento como cadena y engaño, lucha egoísta que conlleva vencedores y vencidos.

Finalmente Úrsula, empujada por las convenciones sociales, se fuga y se reúne con su marido; pero siente vacía su nueva existencia, considera degeneradas las relaciones humanas en el mundo civilizado y, al enterarse de que espera un hijo, decide regresar a la selva para intentar mejorar la vida de la comunidad india, dentro de los cauces que ya se habían entrevisto en el curso de la obra.

Concluye así este larguísimo desarrollo de un tópico literario, "menosprecio de corte y alabanza de aldea", estructurado en este caso en torno a una idea básica: la diversa concepción del amor en ambos contextos. La solución al dilema es también clásica: "el justo medio". Un exceso de civilización conduce a la degeneración, en el mundo moderno se ha perdido la libertad individual, la excesiva importancia concedida a la técnica y el constante apresuramiento del hombre le impiden profundizar en los valores espirituales. La pintura, la escultura, la música y la literatura se hallan sumidas en este proceso de decadencia deshumanizadora (ideas todas ellas presentes en su producción anterior):

"También la literatura sufre igualmente. Yo alcancé el final de la época en que los temas, el fondo y raíz eran: Dios, amor, libre albedrío, razón, ateísmo, darwinismo o Santo Tomás.

Ya se habían quedado atrás los libros de «Caballería» y el romanticismo, pero aún se leían poesías.

Alrededor de todo esto, las discusiones eran acaloradas, ya estaba inventada la palabra *cursi*, pero aún no se hacía un uso inmoderado de ella como luego ha ocurrido. Los escritores que siguieron colocando o coloreando sus obras con pasajes brillantes, líricos, redondeados como perlas, que así daban relieve a un estado de ánimo o a un paisaje, se quedaron rezagados. Había surgido la crisis de los sentimientos y las obras que nacieron para ser inmortales, quedaron olvidadas apenas nacidas con el sello infame de «*cursi*»<sup>51</sup>.

---

<sup>51</sup> *Ibíd.*, secuencias 336-337.

Frente a este mundo que confía ciegamente en la ciencia, dos valores son la máxima expresión de nuestra espiritualidad: el amor y la religión, pero un amor sacrificio, no egoísta sino generoso, tanto para dar la vida (ese hijo que el Jefe anhela) como por el deseo de beneficiar al ser querido, una fuerza que nos eleva empujándonos a logros mayores, muy lejos pues del amor conformista y justificativo de Van Dermehenden y del egoísta de Gorostizabal.

Algunos aspectos secundarios contrastan, sin embargo, con esta visión tan convencionalmente católica del amor: no aparecen en ningún momento sentimientos de "deshonra", ni personal ni en relación con la figura del marido, por su condición de concubina; parece como si el sometimiento a esa "ley natural" que rige las acciones humanas lejos de una civilización degenerada anulará en nuestra autora conflictos que han hecho correr ríos de tinta en nuestra literatura.

En ocasiones, la vivencia de la religión muestra ciertos atisbos de heterodoxia:

"...Soy creyente y amo a Dios, pero mi Dios es misericordioso, mi Dios nunca me asusta con el infierno. /.../.

Ni creo que el Hacedor premie el voto de castidad, ni la clausura, ni los cilicios, ¡y menos el voto de silencio! /.../

...Todas esas cosas vinieron después, creadas por temperamentos excesivos, con nervios desquiciados..."<sup>52</sup>.

Y se critica igualmente, aunque por boca de Gorostizabal, que parece el trasunto novelístico de Silvio Kossti, el conformismo que predicán todas las religiones, defendiendo la visión de un Cristo "revolucionario" frente a la Iglesia establecida:

"Uno de los que no querían dejar las cosas como estaban fue, según pienso, Jesucristo, que predicó la igualdad, siendo el primer "Hippi" del mundo.

La doctrina de Jesús, revolucionaria, espantó a los ricos y a los poderosos. Pensaron que su dinero perdía firmeza. Jesús era el cazador moral que expulsaba a los gobernantes de sus cómodas madrigueras"<sup>53</sup>.

---

52 Loc. cit., secuencias 61-63.

53 Loc. cit., secuencias 298-299.

Por otra parte, se observa una curiosa corriente de misoginia referida a lo que podríamos llamar "la mujer moderna" de la época. Para M.<sup>a</sup> Cruz Bescós, ésta es víctima de la degeneración general de la sociedad, que la condena a la pérdida de su femineidad (la cual tuvo su máxima expresión en la cultura griega) pues imita las formas masculinas y desempeña sus puestos de trabajo; afirma Gorostizabal:

"Hoy llega la mujer a nuestra alcoba, se quita el chaquetón de cuero, tira sus botazas contra el suelo (ese ruido despierta a los vecinos). ¡Fuera su pantalón de pana! que deja encima del nuestro y que al día siguiente equivocándolo me pondré yo.

Se despoja de braguita y bikini, deja caer la cabeza en la almohada, sus pelos cortos, corroídos por permanentes y tintes semejan colas de lagartija, y como la jornada ha sido dura, gobernando la furgoneta, a los tres minutos ya se oyen sus ronquidos"<sup>54</sup>.

Llegando, incluso, a rechazar su maternidad:

"...Ahora en la actualidad el mayor ingreso que alcanza el presupuesto lo dan las "pilules", no hace falta decir píldoras anticoncepcionistas, se dice la "pilule" y todos lo entienden"<sup>55</sup>.

Todo lo cual propicia la homosexualidad masculina:

"El hombre, humildemente, se deja servir, paga, le da propina, y marcha solo y triste a sentarse al sol. Deja crecer su pelo, viste una camisa rosa floreada y si pasa a su lado un "efebo", que yo por respeto a Vds. no le doy otro nombre, le hace una seña y lo acaricia, seguramente encuentra en él más femineidad y más ternura que en su esposa que se hizo camionista"<sup>56</sup>.

Muchas otras ideas que se repiten en la obra: la obediencia a la ley natural del instinto, el triunfo del fuerte sobre el débil, la ley de la herencia, la evolución de las especies y el origen del hombre, los "pastores de almas":

"A esta desgraciada humanidad, se la ha cargado con un alma, que a pesar de ser ingrávida, resulta sumamente pesada. No podemos deshacernos de ella, de por vida irá pegada a nuestro cuerpo, y será la

---

54 *Ibíd.*, secuencia 328.

55 *Ibíd.*, secuencia 326.

56 *Loc. cit.*, secuencia 327.

causante de muchos garrotazos dados por los "Pastores de Almas" por lo que ellos llaman nuestros pecados"<sup>57</sup>,

y el "rebaño de mansos":

"Religión que recomienda, a esta pobre humanidad, resignación, presentar la otra mejilla cuando recibe un bofetón, y que dice: "Bienaventurados los mansos porque ellos verán a Dios" ¡Pues sí que va a tener una corte lucida! ¡Un rebaño de mansos!"<sup>58</sup>,

nos retrotraen a Nietzsche, a Darwin, al positivismo; a un siglo XIX, en definitiva, asimilado por M.<sup>a</sup> Cruz Bescós a través del tamiz paterno y cuyos postulados resultan, por la propia relevancia que se les concede en la ideología de la obra, totalmente anacrónicos.

Debemos señalar, por último, el peso específico de la documentación en la novela: las referencias históricas, las localizaciones geográficas, las descripciones de ritos, costumbres y paisajes demuestran un esfuerzo de ambientación, a menudo mal dosificado, que junto a las larguísimas disertaciones didáctico-moralizantes lastran notablemente el ritmo del relato.

En conclusión, se mueve nuestra autora entre dos coordenadas, paralelas a veces y ensambladas a menudo: el costumbrismo altoaragonés y el conservadurismo ideológico. En cuanto al primero, la complacencia en el estereotipo del carácter altoaragonés, la endeblez de los argumentos y la tendenciosidad ideológica quedan atenuados por la amenidad y frescura de los diálogos puestos en boca de esos tipos aragoneses, pero, en definitiva, impiden situar a nuestra autora a la altura de costumbristas reconocidos como M. Baselga o L. López Allué.

En el segundo, se incluyen la equiparación de España y su cultura con la tradición y la fe, en sintonía con el pensamiento oficial de los años posteriores a la contienda; la consideración de la religión como principio rector de la existencia del hombre y de las relaciones sociales; la reivindicación de los valores espirituales frente al "materialismo del mundo contemporáneo"; la idealización del mundo rural, potenciada por la propaganda oficial de un régimen que, sobre todo en los años 40, concedía en su seno la hegemonía al sector

---

<sup>57</sup> *Ibíd.*, secuencia 278.

<sup>58</sup> *Ibíd.*, secuencia 298.

agrario<sup>59</sup>; el respeto al principio de autoridad y la asunción del paternalismo, tanto en el ámbito familiar como social; la exaltación del arte "grande", entendido como clásico, frente al arte nuevo, incomprensible para nuestra autora, etc., plasmado todo ello en un didactismo simplista y moralizante que constituye el rasgo básico y unificador de su producción.

Este cúmulo de ideas, y las referencias filosóficas y literarias en las que se apoya, se mantendrán básicamente a lo largo de toda su obra, en ocasiones de forma contradictoria, y atenuando aquellos aspectos conectados más explícitamente con la situación política y social de la época, de la cual parece desinteresarse rápidamente. Acentuará, sin embargo, el didactismo moralizante y el utopismo de la vida natural, que ya presagiaba su idealización del mundo rural, como forma de luchar contra la "degeneración materialista del mundo moderno". Ésta parece también la razón fundamental por la que su obra, y en mucha mayor medida las novelas extensas que los relatos breves, resulte prematuramente envejecida e incluso anacrónica respecto a los años en que fue publicada.

---

<sup>59</sup> Vid. *Historia de España*, dirigida por TUÑÓN de LARA, M., Barcelona, Ed. Labor, 1983, vol. X.